

# Pandemónium

Revista Ilustrada

DIRECTOR: RICARDO FERNANDEZ GUARDIA

## SUMARIO

RECUERDOS DE VIAJE, por *Pierre Loti*.—DON MAURO FERNÁNDEZ.—UN IDILIO Y UNA ELEGÍA, por *José Santos Chocano*.—ORÍGENES DE LOS COSTARRICENSES, por *Cleto González Viquez*.—DON JOSÉ ASTÚA AGUILAR, por *A.*—NOCTURNO, por *José Anunciación Silva*.—GUSTAVO MARROQUÍN, por *\*\*\**.—EN DEFENSA DE LA ACADEMIA, por *Juan Valera*.—TIPOS DE CAMBIO.—ULTIMO ESCRUTINIO.

## RECUERDOS DE VIAJE

### ESCENAS DE LA VIDA JAPONESA

#### I.—HOGARES

Lo que llama desde luego la atención en los hogares japoneses, es la limpieza minuciosa y la desnudez blanca, glacial.

Esteras irreprochables, sin una arruga, sin un dibujo, sin una mancha. Paredes de papel formadas de bastidores puestos en ranuras y que pueden meterse unos dentro de otros y desaparecer en caso necesario; á penas dos ó tres biombitos colocados aquí ó allá, una tetera, un vaso en que se bañan algunos lotos; eso es todo. Enmaderamientos, á menudo sin ninguna pintura, pero calados con caprichosa gracia, muy finamente carpinteados y cuya blancura de pino nuevo se conserva por medio de frecuentes lavados con jabón. Los pilares de madera que sostienen la armadura varían con la más espiritual fantasía: unos tienen formas geométricas de una precisión perfecta; otros se retuercen artificialmente como viejos troncos de árboles, enlazados por bejucos. Por todas partes hay secretas, pequeños nichos, alacenas, disimulados de la manera más

ingeniosa, bajo la uniformidad inmaculada de los paineles de papel blanco.

Me sonrío solo al recordar ciertos salones llamados *japoneses*, atestados de cacharros y adornados de bordados burdos de oro sobre raso de exportación, que he visto en casas de hermosas parisienses.

En Francia se tienen objetos de arte para gozar de ellos; en el Japón para guardarlos, bien marbeteados, en una especie de habitación misteriosa, subterránea, con rejas de hierro, que se llama *godún*. Sólo en raras ocasiones, para honrar alguna visita de distinción, se abre ese sitio impenetrable.—Una limpieza minuciosa, excesiva; esteras blancas, maderas blancas; una sencillez aparente, extrema en el conjunto, y una increíble preciosidad en los detalles infinitamente pequeños: tal es la manera japonesa de comprender el lujo interno.

#### II.—PAISAJES

En una mañana clara de octubre, de gajo sol naciente, parto de Yokohama con rumbo á cualquier parte, hacia el interior de la isla de Nippón.

En nuestros carritos, arrastrados por hombres corredores, comenzamos nuestro viaje muy de prisa, rodando muy ligero, azotada la cara por el aire vivo y frío del otoño.

Durante una hora vamos por el *Tokaido* (ó «camino del mar oriental»), que es la vía de comunicación más grande y más



antigua del imperio japonés. A lo largo del camino se ve una serie no interrumpida de tiendas, de casas de té, de posadas: unas todavía nuevecitas, cubiertas de pintarrajos, de linternas, de banderolas de papel; otras—la mayor parte,—arrugadas y negruzcas, con un aspecto de extrema vetustez. Siempre paredes de madera; techumbres muy altas, todas de bálago y uniformemente coronadas de una especie de melena verde: una platabanda de yerbas y hojas de iris que sola se ha formado en la cumbre de cada casita. En torno nuestro desfilan paisajes muy bonitos, colinas cubiertas de bosques, pequeñas pagodas ingeniosamente colocadas, aquí y allí, entre los árboles, riachuelos bien fresquitos debajo de los bambús.

Hay mucha gente en este «camino del mar oriental»; un ir y venir constante; gritos de mercaderes, risas, apresuramientos, encuentros de hombrecillos ágiles corriendo á todo escape, que se paran un minuto delante de la posada para engullir un jarro de arroz, una taza de té, y vuelven á salir como una flecha en sentido inverso. Unos pocos caballos, enjaezados con colgajos multicoloros; pero sobre todo hombres corredores, hombres cargadores, hombres que desempeñan todos los oficios de fuerza y rapidez que están reservados á las bestias entre nosotros: unos arrastrando con gran velocidad en *djin-richi-ka*, las divertidas damitas palidejas, los feos caballeros japoneses; otros más lentos, más fuertes, asombrosamente rechonchos y todo músculos, van enganchados como bueyes á carretadas de piedra. Y desfiles de gentes del pueblo, llevando, sobre palos, fardos de arroz, fardos de telas, cajones de porcelanas; enormes jarrones para la exportación, caminando en comitiva en espaldas humanas, cada uno envuelto en un estuche de paja como nuestras botellas de champaña. Todo el movimien-

to, toda la vida de una gran arteria comercial, en el país más peregrino del mundo.

Después de una hora de viaje dejamos ese *Tokaido* para entrar á campos tranquilos, por senderos en que nuestros corredores tienen que disminuir su carrera loca.

Metidos ahora en una serie de alameditas que se suceden, todas iguales, seguimos las sinuosidades de esos como pasillos de verdura, teniendo por todas partes y constantemente nuestro horizonte cerrado por colinas llenas de bosques, cuyas formas graciosas se repiten indefinidamente, siempre iguales. Los bosques tienen un hermoso color verde, apenas enrojecido, aquí ó allá, por el otoño. A lo largo del sendero, siempre arrozales y campos de millo; ó si no huertas cuyos árboles, todos de una misma esencia, están cargados de frutos de un bonito color de oro.

Cuanto más avanzamos en este país, es mayor la calma, después de la agitación del gran camino; se hace todo más pastoril, con un aspecto de cosa de antaño.

De vez en cuando, aldeas metidas en la verdura; en contorno se ven gentes que labran la tierra: campesinos vestidos de largas túnicas de algodón de un tinte sombrío, ó si no enteramente desnudos, mostrando su cuerpo amarillo; hombres y mujeres de largos cabellos, con la cabeza igualmente cubierta por un pañuelo azul claro, anudado en forma de fanchoneta debajo de la barba. En las cercanías de las aldeas una prodigiosa cantidad de chiquitines, llegando á la carrera con graciosas sonrisitas para vernos y hacernos ya reverencias de ceremonia. Caritas de gato, cabecitas cómicas, rasuradas por sitios, á la manera de un jardín inglés, con una platabanda de cabellos encima de cada oreja, y, hacia la nuca, otras manchas circulares de donde brotan coletas que no



tienen precio. Todas las niñitas, desde que tienen siete ú ocho años llevan, á horcajadas sobre la rabadilla, un hermanito que trasladan, sacuden en sus juegos y carreras, y que ríe ó duerme sin gritar nunca. El niño está liado sobre la espaldita de la hermana mayor, por medio de tiras de tela, tan bien amarradas que parece que las dos caritas perteneciesen al mismo personaje.

meja al del níspero y cuyos frutos son de un color dorado más brillante que el de las naranjas.

En todos los ángulos del camino que seguimos hay pequeños budhas de granito, plantados como entre nosotros los santos y los calvarios. En general hay varios de ellos en compañía, bien alineados en fila, bajo un techo de madera que los guarece de la lluvia; algunos hasta llevan gorguera



LA OFICINA DEL TELÉGRAFO MARCONI EN LIMÓN

Delante de las casas hay jardincitos muy bien cuidados, rodeados de setos bien podados, muy correctos; á la par de algunas flores desconocidas, hay allí dalias, como en Francia, zinias, reinas margaritas, rosas de Bengala, más pequeñas y más rojas que las nuestras, y, naturalmente, anémonas del Japón. En vez de los manzanos de nuestros campos franceses, cubiertos, en esta estación, de manzanas amarillas ó rojas, siempre se ve aquí un mismo árbol: el *kaki*, cuyo follaje se ase-

de paño rojo, collares de perlas, brazaletes. En frente de ellos hay jarrones toscos con flores. Es un Japón enteramente campestre el que ahora atravesamos. Muchas pagodas; la menor aldea tiene dos ó tres, siempre colocadas sobre alturas, á la sombra de grandes árboles; á ellas se llega por escaleras empinadas, con peldaños de madera ó de granito, pasando siempre bajo dos ó tres de esos pórticos religiosos llamados *tori*, cuya forma, eternamente igual, es de una rareza misteriosa,



En medio de los arrozales segados, de los millos segados y verdes todavía, nuestro camino no sube ni baja: siempre estamos en llanura, pero siempre estrechados por esas mismas colinas que nos encierran como murallas. Por más que separadamente cada vallecito sea riente, fresco, el conjunto es inquietante y un poco triste, á causa de esa impresión que se tiene, de que va uno dejando en pos de sí tantos otros semejantes, de los cuales habrá que salir por ese mismo y único sendero. Se siguen uno á otro, se cruzan, se enredan en laberinto, y, á la larga, llega á oprimir la sensación de hundirse más y más en ese país amurallado, sin horizonte, sin vista...

### III.—BAJO LA LLUVIA DE OTOÑO

Mortales son las habitaciones japonesas durante una lluvia de noviembre: muy bajas de cielo, muy aisladas de la calle por extraños jardincitos sin flores, que son todo pradecitos y peñasquitos; muy mezquinas y siempre divididas por paineles de papel con correderas y trampas, en una serie de piezas liliputienses, más y más sombrías á medida que se aleja uno de la vidriera por donde entra la luz. ¡Y una luz tan triste! Una media luz mortecina, palideja, glacial, filtrándose por esos cuadros de papel que hacen las veces de vidrios. Naturalmente, no se distingue nada de lo exterior, al través de semejantes vidrios; pero creo que esto es preferible á ver caer toda esa agua sobre los pequeños oteros chorreantes, sobre las barrancas en miniatura, los puentecitos de muñeca, los arbolitos, todos los juguetes del jardín.

A la verdad, estas esteras blancas sobre el piso lo dejan á uno helarse, y también esa madera blanca por todas partes, esas paredes delgadas de papel blanco, esa absoluta desnudez del albergue. Entonces se sienta uno cerca, muy cerca del gran brasero pesado, que descansa sobre un

trípode de laca y cuyas asas representan monstruos; allí arde un carbón que se hace de un árbol especial y tiene la propiedad de no apagarse nunca, pero que calienta sin alegría y exhala un indefinible olor soporífero.

### IV.—UNA FÁBRICA DE PORCELANA

Visité hace tiempo, en Kioto, una de esas fábricas de porcelana que funcionan desde hace siglos y han sembrado en el mundo innumerables millares de tazas y jarrones. Allí no ha llegado todavía nada de lo moderno. Sorprende la manera sencilla, primitiva de amasar, manosear, torneear y cocerlo todo, lo mismo que hace mil años. Entre dos hornadas un ejército de pintores iluminan esas cosas con una ligereza prodigiosa, volviendo á copiar esas mismas cigüeñas, esos mismos peces, esas mismas bonitas damas, que ya está uno aburrido de haber visto tantas veces.

Esos pintores de fábricas reciben, por término medio, un sueldo de diez centavos al día; por excepción pagan hasta cuarenta ó cincuenta á los que, siendo muy célebres, decoran las piezas preciosas destinadas á ser vendidas muy caro.

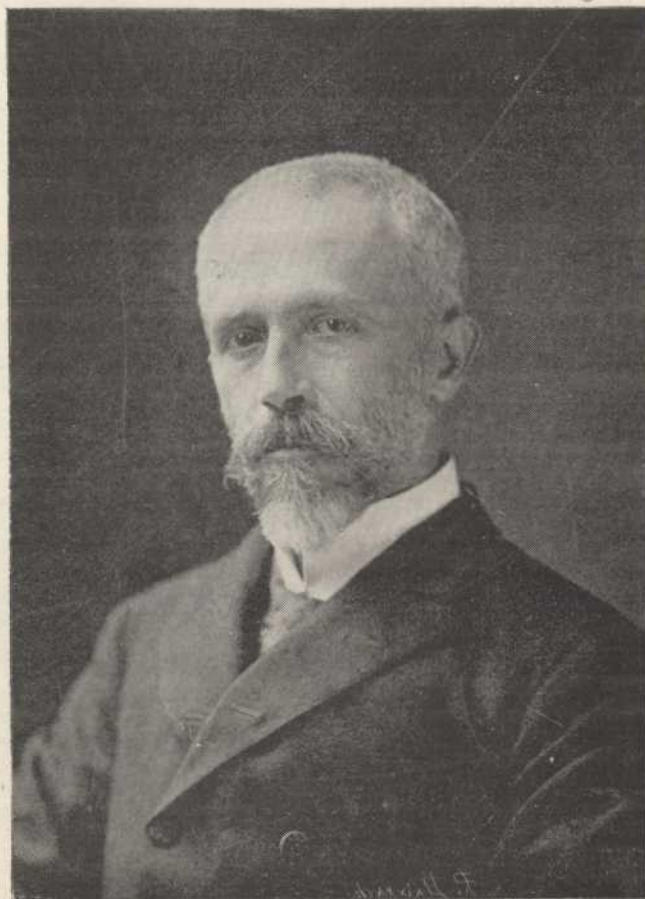
Sin embargo, no se puede prescindir de admirar la seguridad con que ejercitan ese arte industrial. En el mismo tiempo en que frangollaríamos una carta, ellos agrupan muñecos que se saben de memoria; en dos pinceladas los colorean, sin desviarse nunca de una línea; luego, al descuido, trazan filetes de la más rigurosa precisión. Ha sido sin duda necesaria una larga herencia de calma y de temperancia para formar estos artistas de mano tan segura. En breve, cuando el Japón esté completamente lanzado en el movimiento moderno y sus obreros en el alcohol, se acabarán para siempre estos pintorcitos.

*Pierre Loti,*  
*de la Academia Francesa.*

# Don Mauro Fernández

Después de doce años de ausencia ha vuelto al escenario político, para bien y honra de Costa Rica, el licenciado don Mauro Fernández. El Congreso lo ha nombrado su presidente por unanimidad de votos, dándole así un testimonio brillante de la alta consi-

deración de que goza en todos los partidos. Hombre de clarísimo talento, de una elevación de ideas sin rival entre nosotros, de una erudición profunda, especialmente en ciencias políticas y sociales; juriconsulto eminente, laborioso, incansable progresista, don Mauro Fernández es, sin disputa, una de las figuras más nobles, más simpáticas del país.



Su labor en la inolvidable administración Soto, se recuerda con entusiasmo, y á parte de mil otros títulos, basta su famosa Ley de Educación Común para que se le proclame uno de nuestros primeros estadistas. Es, además, un viejo parlamentario que ha dejado huella indeleble en varios congresos y constituyentes. En la asamblea famosa de 1892 descolló á

gran altura, y sus discursos en pro de la libertad de la enseñanza son verdaderos monumentos de elocuencia, de energía, de liberalismo.

Su palabra fácil, elegante, calurosa, convence y arrastra. Su noble carácter infunde admiración, su exquisita amabilidad seduce los ánimos, su vigorosa energía impone el respeto.

Este es, en pocas palabras, el hombre que ha sido llamado á presidir el poder legislativo.



(De *Alma América*)

## UN IDILIO Y UNA ELEGÍA

## I

## IDILIO TROPICAL

*(Inédito)*

En una margen del patrio río,  
hice despojos de un carrizal;  
y alcé una choza sobre un pantano,  
siempre más puro que una ciudad:  
en cuatro robles clavé el tejado:  
y entre las vigas luego colgué  
flexible hamaca que me adormece,  
como canoa, con su vaivén.  
Calzo las botas de piel de toro,  
cifio el machete relumbrador,  
me hundo el sombrero de hojas de palma,  
hago de un cable mi ~~correa~~: *cinturón*  
y allá, al bosque, que nadie explora,  
me voy silbando como un turpial,  
sin otro llanto que los diluvios,  
ni otro suspiro que el huracán...  
Cuando la luna se ve en el río,  
me halla durmiendo sano y feliz,  
y cabecea sobre las ondas  
cual si quisiese también dormir:  
y en las mañanas, cuando el zenzontle  
abre el estuche de su canción,  
bajo la hamaca donde he dormido  
los frescos rastros buscando voy  
de la culebra que se enroscara,  
de la tortuga que ya se fué  
y del tigrillo que hundió en el fango,  
como en un molde, sus cuatro pies...  
Súbito, truena mi carabina  
hacia la playa que cerca está;  
y me saluda con sus bostezos  
despreciativos largo caimán:  
las garzas vuelan despavoridas;  
y sobre el biombo del cielo azul,  
pintan sus equis cuando se quiebran  
como si fuesen aspas de cruz.  
Y en el bosque persigo el tigre:  
y en las cavernas, en lecho en flor,  
le oigo roncando; y alzo el machete  
con que le parto su corazón:  
gruñe; me fija las esmeraldas  
de sus pupilas; rueda hacia atrás;  
tiembla; recoge sus garras de oro;  
se apelonona para saltar;  
y al fin, la sangre que ensaya un charco  
cual una ola lo echa á mis pies:  
¡y son iguales á sus pezuñas  
todas las manchas que hay en su piel!  
Después, del techo cuelgo el machete  
del que chorrea sangre mortal,  
como la lengua del mismo tigre  
que en una horca colgado está.  
Tal es mi vida. Las hojarascas  
que me aletargan con su rumor,  
viven bailando sobre mi choza  
como una eterna conversación;  
y un cocotero saca el penacho,  
donde hay diez frutos en un vaivén,  
como cabezas de diez salvajes  
que en una lanza clavara un rey...  
Tal es mi vida. Si tú lo quieres,  
ven, que la hamaca teecerá;  
ven, que los cauchos te darán sombra;  
ven, que las fieras te lamerán;  
y en este río tendrás, entonces,  
plumas de garza, nácar de pez,

aves de arco iris, flores de seda,  
limones de oro, cañas de miel.  
Pero ¡ay! no vengas, que las montañas  
tienen miasmática exhalación,  
que incendia fiebres como el ensueño  
y que consume como el amor.  
Yo sí he nacido para esta zona,  
donde meciéndose en un compás,  
mujeres, sierpes y cocoteros  
siempre han tenido cintura igual.  
Yo sí he nacido para esta zona;  
porque esta zona tiene á la vez,  
los atractivos encantadores...  
¡y los peligros de la mujer!

## II

## ELEGÍA

*(Nocturno de J. A. Silva, recitado por la  
señorita Sofía Reyes)*

¿No has oído,  
~~no has oído~~ en las noches de la playa  
los suspiros mal envueltos en rumores  
con que tiemblan en los trópicos las palmas?  
¿No has oído lo que se oye cuando se oye  
lo que nunca puede oírse por oídos de ignorancia?  
¡Ah, felices los que oyeron esas músicas!...  
Pero más lo fué la noche -noche clara,  
noche llena de recuerdos inefables,  
noche llena de inefables esperanzas, —  
en que of yo de tus labios  
como copa que del cielo se derrama,  
como lirna que se vuelca,  
como cofre que de pronto se destapa,  
esa música,  
esa música siempre rara,  
esa música siempre triste,  
esa música siempre larga...  
con que tiemblan las estrofas del *Nocturno*,  
cual si fuesen cascabeles de una danza,  
coronando la cabeza de un espectro  
y saltando por encima de una máscara...

Tu arte es arte incomprensible  
para el gusto de la innumera comparsa:  
pero en tanto que recites esos versos,  
retorciéndote los brazos á manera de parásita,  
bautizando las estrofas con tus ósculos rotundos,  
santiguando las anchuras con los signos de tu gracia,  
tendrá el bardo del *Nocturno* vida nueva,  
vida dulce, vida pura, vida casta...  
Y si no se hubiese muerto,  
moriríase á tus plantas,  
por vivir la vida eterna  
que le infunde tu palabra!...

En las noches,  
en las noches bogotanas,  
todas llenas de suspiros de mujeres,  
de preludios de ladders y de espadas contra espadas;  
en las noches,  
en que la luna blanca  
es el redondo vidrio  
de una linterna opaca,  
una sombra,  
una sombra elástica,  
llega solemnemente, llega solemnemente,  
y se prende á los barrotes de tu histórica ventana;  
y parece que golpea los cristales con los nudos de sus dedos;  
y parece que solloza, que solloza, que solloza... y que te llama.  
*En el fondo?*  
su perfil tijeletean en el cielo  
los zigzags de las montañas;  
bajo el blanco de la luna cada teja  
finge un lacre que resalta;



rudimentos del saber humano de sus padres D. Cirilo Marroquín y D<sup>a</sup> Rita G. de Marroquín, y niño aún ingresó á las aulas de la Escuela Normal que dirigió el pedagogo español D. Adolfo Romero. Posteriormente pasó al colegio que en aquel entonces regentaba el sabio doctor Rafael Reyes, bajo cuya dirección el niño se hizo hombre. Objeto de excepcional cariño fué el joven Marroquín de parte del director y de los profesores y las calificaciones que en diversos y rígidos exámenes obtuvo prueban que el estudiante supo ponerse siempre á la altura del deber y dar legítimo timbre de gloria á sus maestros. Director de centros docentes reputados, profesor de asignaturas difíciles, miembro de diversas sociedades técnicas, presidente de comisiones examinadoras, vocal de juntas directivas, maestro disertante en la Universidad de El Salvador, delegado al 1er. congreso pedagógico centroamericano que se reunió en Guatemala,

raba, el señor Marroquín fué tratado de manera harto injusta é impolítica, separándosele de modo brusco y descomedido y por frívolas razones, de la dirección del plantel que tanto habfa prestigiado con su ya esclarecido nombre.

La reprobación y censura de esta disposición fué unánime contra quien la suscribió, porque con este extraño modo de proceder se privaba al país de un elemento robusto, sano y vigoroso en la campaña intelectual que tiene emprendida.

La reparación ha llegado, pues el señor Marroquín es ahora jefe del ramo de instrucción primaria del país, puesto á que le han llevado sus propios merecimientos y una larguísima experiencia profesional. Pocos nombramientos hemos visto que hayan alcanzado tan grata resonancia en todas las clases sociales del país.

\*\*\*

San Salvador, marzo de 1904.



GUSTAVO MARROQUÍN

autor de hermosos proyectos de jubilación de maestros salvadoreños y de secciones normales destinadas á la formación de maestros elementales y rurales, etc., etc. Bajo diversas formas ha prestado gustoso su valioso contingente á la hermosa causa de la educación del pueblo, y siempre modesto, siempre activo é inteligente ha servido al pueblo haciendo consistir su principal recompensa en la satisfacción del deber cumplido. También ha colaborado en revistas extranjeras y del país y está para darse á luz una obrita suya que mucho ha de ayudar, aún á los profesores menos idóneos. Ultimamente, y cuando nadie lo espe-

## EN DEFENSA DE LA ACADEMIA

Por el correo, en paquete certificado, recibí pocos días ha, un cuaderno impreso en Santiago de Chile, cuyo título es *Carta de par en par*. Tengo casi por seguro que su autor, D. Fidelis P. del Solar, es quien me remite dicha carta. Se trata en ella de lexicografía castellana, dando muestras quien la escribe de estar muy versado en el asunto; pero no poco de la doctrina expuesta en la carta me parece tan errónea y hallo tan acerba la censura que dirige su autor á la Real Academia Española, que considero conveniente hacer algunas observaciones en favor de la mencionada corporación é impugnar asimismo los principales asertos del Sr. D. Fidelis.

Yo creo que si no se hubiese inventado la escritura y fijándola en letras no se hubiese detenido, como dice el poeta

La palabra veloz que antes huía,

los idiomas hubieran tenido vida muy efímera y se hubieran multiplicado mucho más, según las regiones que habitasen las gentes que los hablaran. La palabra, cuando no se fija y expresa en signos visibles y se trasmite sólo por tradición oral, ó sea pronunciándola, se altera con facilidad y prontitud. Sin escritos en que quedase permanentemente grabado, todo idioma se desharfa en multitud de dialectos, llegando á no entenderse los hombres de unas comarcas con los de otras, aunque fuesen de la misma raza y aunque tuviesen común origen. La escritura, pues, da permanencia vital á todos los idiomas.

Suponiendo que tuvo un solo inventor, Quintana dijo con razón, en su alabanza:

Sin tí se devoraban  
Los siglos á los siglos, y á la tumba  
De un olvido eternal yerto bajaban.  
Tú fuiste: el pensamiento

323



Miró ensanchar la limitada esfera  
Que en su infancia fatal le contenía.  
Tendió las alas, y arribó á la altura  
De do escuchar la edad que antes viviera  
Y hablar ya pudo con la edad futura.

Claro está, pues, que uno de los más importantes fines del idioma escrito es impedir la inestabilidad, atajando el movimiento rápido con que el idioma hablado suele trocarse y corromperse. Lo que se escribe, por consiguiente, y para que dicho fin se logre, conviene que sea norma y regla de lo que se pronuncia y no lo que se pronuncia de lo que se escribe, como quiere el señor Fidelis y no pocos de sus compatriotas que han adoptado una escritura puramente fonética. Si escritura semejante se hubiese empleado, por ejemplo, en el idioma griego, ¿hubiera persistido dicho idioma, como persiste aún, desde hace cerca de tres mil años? Apenas hay palabra en la lengua que en el día se habla en Atenas, que no esté en los prosistas y poetas de muchos siglos antes de la era cristiana. Esta longevidad prodigiosa, que implica la longevidad de la nación ó de la raza y que contribuye á mantenerla, ¿hubiera podido lograrse con una ortografía dependiente en todo de la pronunciación? ¿Al difundirse por el mundo el idioma de Homero, de Platón y de Demóstenes, ya por distantes colonias, ya por las conquistas de Alejandro, ya con el poderío de los emperadores de Oriente, se hubiera conservado la unidad del idioma, desde la Bactriana hasta Rosas, Sagundo y Marsella, si la ortografía se hubiera sujetado en cada punto á los caprichos de la pronunciación sin poner diques á sus mudanzas? ¿Qué progresos ni qué libertad puede haber en que al cabo de poco tiempo no nos entendamos?

Concretándonos ahora á determinados puntos de la doctrina ó de las censuras antiacadémicas del Sr. D. Fidelis, diremos que, si bien no se empeña en suprimir la *h*, propende á que se suprima y censura á la Academia porque la suprime en casos sometién dose al uso, y en otros casos la pone donde no debiera estar por razón de etimología. La suprime *v. gr.*, en Enrique y en Elena y la pone en *huevo*. Pero en los citados nombres propios el uso la ha suprimido hace siglos, así en la pronunciación como en la escritura y la Academia ha tenido que someterse al uso, mientras que en *huevo* pone una *h* que no hay en *oval*, *ovario* y *ovalo*, porque antes de las vocales *ue* todos ó casi todos los que hablan la lengua castellana ponen una aspiración gutural que no puede menos de marcarse en la ortografía. Así los vocablos *hueste*, *huérfano*, *huesa*, *huésped*, *huevo*, *hueco*, *huerta*, etc., suenan como *güeste*, *güérfano*, *güesa*, *güésped*, *güero*, *güeco*, *güerta*.

Si suprimiésemos la *h* suprimiríamos el signo ó la huella del origen latino de muchas palabras y se desatarían ó encubrirían al menos los lazos de parentes-

co de la lengua castellana con otras lenguas neolatinas. Si el italiano ha suprimido la *h*, esto no es razón para que nosotros la suprimamos, como no es razón tampoco para que restablezcamos la *f* en multitud de vocablos que en italiano la conservan como en *hierro*, *hacer*, *hijo*, *hervoso*, *higo*, *herir*, *hado*, *hada*, *hablar*, *hilo*. La *h* además, aun suponiendo que en el día es muda en todos los países donde el castellano se habla, no ha sido muda siempre, sino que se pronunciaba y se aspiraba cuando el castellano estaba ya formado en el siglo de oro de nuestra literatura. Garcilaso y fray Luis de León hacían sin duda sonar la *h* en

¿Su dulce habla en cuya oreja suena?

y en

Con la hermosa Cava en la ribera

Las haches de habla y hermosa debían de sonar como *j* porque de otra suerte el hiato sería insufrible y los versos citados no serían versos.

Por otra parte la *h* ni aun en el día es completamente muda en todas las regiones y provincias donde el castellano se habla. En toda Andalucía, por ejemplo, la *h* sigue aspirándose.

El señor D. Fidelis clama con harta injusticia contra la *x*. Porque alguien abuse de esta letra y la ponga donde no debe, no ha de seguirse que no se ponga *x* en ninguna parte sino siempre *s*, sin considerar que el cambio de estas letras puede dar á una palabra distinto y hasta contrario sentido, como *expia* y *espiar*, *exolérico* y *esotérico*, y *extática* y *estática*.

Injusto me parece también acusar á los puristas de inconsecuencia porque unas veces escriban *ji*, *je* y otras *gi*, *ge*. Usese enhorabuena la *j* en no pocos vocablos que en otros tiempos se escribieron con *g*, pero, en mi sentir, habría no sé qué bárbara fealdad en escribir *jeog* *afia*, *jeólogo*, *teolojía*, *etimolojía*, *lójica*, *silojismo*, *jestión* y *jerente* y no pocos otros vocablos, donde un invencible obstáculo etimológico ataja la introducción de la *j*.

El señor D. Fidelis trata severamente á la Academia, ya porque incluye en su diccionario palabras que no debieran estar en él, ya porque no ha admitido otras palabras, hispanoamericanas sobre todo. Yo creo que en la décima tercia edición del diccionario, que el señor D. Fidelis no conoce todavía, la Academia le complace, aceptando é incluyendo no pocos vocablos que están en uso en América. La Academia está dispuesta también á aceptar otros vocablos en las futuras ediciones, con tal de que dichos vocablos esten autorizados por el uso de personas cultas, no impliquen corrupción del buen lenguaje ó sean necesarios ó convenientes para designar y significar un objeto que no tenga hasta ahora nombre adecuado en castellano. Así por ejemplo, yo no dudo de que la palabra *jacarandá*, que probablemente procede del guaraní ó de algún otro idioma



indígena sudamericano, que ha entrado hace tiempo en la lengua portuguesa y que se usa, según afirma el señor D. Fidelis, por las personas que hablan castellano en la América del Sur, será aceptada é incluida con gusto por la Academia para designar una madera muy empleada en ebanistería que hasta hoy carece en nuestra península de nombre adecuado.

La Academia no pretende ser infalible y no dudo yo que reconocerá en cierto modo como justificada una doble acusación del señor D. Fidelis; mas para defenderse de dicha acusación tiene á mi ver sobrada disculpa. La acusación es la de que hay en el diccionario no pocas palabras que no debieran estar en él,

tranjeros desde ahora, tal vez no comprendan ni les sirva el diccionario para comprender la multitud de palabras y frases del castellano hablado en el día. A fin de no inficionar el idioma y de evitar ó remediar el mencionado inconveniente, tal vez serfa útil la composición y publicación de un inventario crítico de palabras usadas, ó sospechosas ó reconocidamente malas y feas. Si sólo porque se usan y sin examen escrupuloso se aceptan todas las palabras, el idioma se ensucia y no se limpia y en vez de enriquecerse se afea.

Traigamos aquí algunos casos particulares para contestar al señor D. Fidelis.



LOS BAÑOS TERMALES DEL AGUA CALIENTE, EN CARTAGO

mientras que de las que debieran estar faltan muchas. A esto puede contestarse que si el diccionario se considera como el tesoro de las palabras usadas por los autores de autoridad y crédito, y de aquellas palabras indispensables ó muy convenientes para expresar nuestras ideas, en el diccionario sobran no pocas; pero si el diccionario ha de contener las palabras todas hoy en uso en la conversación, en la tribuna, en el foro, en las representaciones dramáticas, y en libros, periódicos y revistas, en el diccionario no se puede negar que faltan muchas palabras. Como su inclusión en el diccionario parece implicar su aceptación, la Academia no las incluye. De aquí que muchos españoles dentro de algunos años y los ex-

La Academia incluye en su diccionario no pocas palabras de germanía. Pero ¿cómo no incluirlas si se hallan en Cervantes, en Quevedo, en Lope, en Tirso, y en otros dramaturgos y novelistas de los siglos XVI y XVII? Por motivo semejante se han incluido ya ó se deben incluir voces y frases como las siguientes: *dar una lata, ser latoso, timarse, hacer una plancha y tomar el pelo á alguien*. Y no sólo en comedias, sainetes, novelas y cuentos, hay vocablos de la jerga de chulos, rufianes y bandidos, sino también del extraño idioma de los gitanos. Así v. gr. *camelar* y *camelo*, cuyo noble origen se halla en el idioma de los vedas. Y así también *chuchipé, churi, digucho, jamar, tajeta, chuquel, churumbel, cocal* y otros tér-



minos de que se sirve el vulgo en Andalucía y en otras comarcas y que los escritores trasladan á los diálogos de sus obras de pasatiempo.

En cambio el señor D. Fidelis echa de menos en el diccionario, palabras que no se comprende por qué han de estar en él incluidas. Es harto difícil marcar el límite entre lo científico ó técnico y lo vulgar ú ordinario. El refinamiento de la cultura, el lujo, las invenciones modernas y hasta la creciente difusión del saber, no se puede negar que traen de continuo á la lengua que hablan todos, no pocas palabras de ciencias y de artes que sólo podían figurar antes en diccionarios enciclopédicos. Pero de esto se abusa y la Academia no debiera hacerse cómplice del abuso. Cualquiera sujeto desocupado ó mal ocupado, puede inventar cada día docenas de vocablos científicos y hasta ciencias nuevas. Y no por eso hemos de incluirlo todo en el diccionario.

El Sr. D. Fidelis, por ejemplo, echa de menos en el diccionario, *burocracia*, *ampelografía* y *cenología*; pero hemos de considerar que sólo con estas tres terminaciones, *cracia*, *grafía* y *logía*, se pueden inventar y se están inventando infinito número de palabras que ya se emplean en sentido chusco, ya muy por lo serio. ¿Hemos de aceptarlas todas? Es cierto que se dice *burocracia*, pero también se dice *mesocracia*, *plutocracia*, *ginecocracia*, *oclocracia*, *caquistocracia*, *pornocracia* y *fillocracia*.

Con la terminación en *grafía* se han inventado y se pueden inventar muchas más voces. Y con la terminación *logía* no sólo se inventan voces, sino ciencias completas más ó menos exactas ó inexactas. Ni es menester siquiera buscar en el diccionario griego la palabra que ha de anteponerse á la *logía* pues basta tomarla del lenguaje vulgar, aunque el vocablo recién compuesto resulte híbrido, como sucede en *sociología*, ciencia hoy tan de moda.

Esta traza de enriquecer el idioma valiéndose de conocidas terminaciones para componer nuevos vocablos, no supone rara habilidad ni grande ingenio. Los inventores abundan, por consiguiente, y la riqueza de los idiomas puede llegar de esta suerte hasta lo infinito. ¿Qué inagotable manantial de palabras no es, v. gr., la terminación *ismo*? Apenas hay ya cosa, doctrina, creencia, vicio, pasión, persona y objeto, que no tenga su *ismo* correspondiente. Del mismo modo pueden componerse y se componen palabras con las terminaciones *ad*, *ul*, *encia*, *ancia*, *ción*, etc. Y si se quiere ir más lejos todavía, de cada una de estas palabras se pueden sacar otras y otras, como de *independencia*, *independizar*.

Extraña el Sr. D. Fidelis que no ponga el diccionario *bastilla* que significa hacer bastillas. ¿Pero no podría del mismo modo poner *vainicar* por hacer vainicas, *dobladilla*, por hacer dobladillos, *calzonar* por hacer calzones, etcétera?

Es evidente que de cada sustantivo y de cada adjetivo pueden sacarse dos ó más verbos añadiendo *ar* ó *ficar* y anteponiendo *á* ó *en*, ó sin anteponer nada. Si se dice *empapelar* ¿por qué no se ha de decir *entlibrar*? Si *agrandar*, *achicar*, *atenuar* y *abultar* ¿por qué no *asabiar*, *adoctar*, *avintuosar* y cuanto se quiere!

De los participios pasivos ha sacado y saca nuestro idioma no pocos verbos nuevos. ¿Por qué, pues, impedir que en adelante se sigan sacando? Convengamos en que para esto no hay límite ni más regla que el buen gusto, y la necesidad ó la utilidad de expresar una nueva idea sin perfrasis y con una sola palabra. Valga para muestra el verbo *presupuestar*, cuya no inclusión en el diccionario de la Academia enojó tanto á mi ilustre amigo el Sr. D. Ricardo Palma. La verdad es que, en todo caso, aun aceptado el *presupuestar*, este verbo debería ser defectivo. No acierto á decir por qué, pero me suena pfcamente, *yo presupuesto*, *tú presupuestas*, *aquel presupuesta*. Acontece algo parecido á lo que acontece con el verbo *abolir*, que nadie se atreve á decir *yo abolo*, ni *yo abuelo*.

Por no fatigar á mis lectores no continúo defendiendo á la Academia de otras muchas acusaciones que contiene la *Carta de par en par*. Terminaré diciendo que faltan, en efecto, muchos refranes en nuestro diccionario, como faltan también muchas frases hechas, sentencias y expresiones que todos emplean en la conversación y por escrito. Lo que yo sé decidir, es hasta qué punto debe constar todo esto en el diccionario ó en un tratado distinto, ora sea suplemento del mismo diccionario, ora libro separado. Tales frases ó sentencias no se toman sólo de la lengua castellana, sino también de otras lenguas que á menudo ignora quien emplea la sentencia ó la frase. Así, la exclamación *quatum mutatus ab illo*, el *mutatis mutandis*, y el tratar un asunto ó narrar un suceso *ab ovo*. Y no sólo del latín, sino del francés, del inglés, del italiano y del griego, toman expresiones y se valen de ellas en la conversación y en los escritos, personas que no saben más que el idioma castellano. Hasta los personajes *míticos* ó fantásticos que pueblan y animan nuestra conversación, aparecen ó son más ahora que los que hay en la *visita de los chistes* de Quevedo.

Yo entiendo, por consiguiente, que no se debe sobrecargar el diccionario con todo este peso, sino ponerlo en un tratado de *folklore*. Allí entrarían bien Ambrosio con su carabina, Bernardo con su espada, el maestro Ciruela, el gallo de Morón, Tragabalas, Tragaldabas, el pintor de Orbaneja, don Tiruleque, el abogado de Peperris, el aseado de Burguillos, el padre Padilla y el enfermo de Rute, que se comía los pollos piando.

Por último, el Sr. D. Fidelis, que echa de menos



tantas voces y frases en el diccionario, se queja con menos razón de que hay en el diccionario muchas frases y voces que ya no se usan y que casi nadie ó nadie entiende. Pero por lo mismo que ya nadie ó casi nadie las entiende, importa que estén en el diccionario para que sepa su significación quien las halle en el autor antiguo que las empleó cuando aun no habfan caído en desuso. El cuento casi ininteligible, que cita el Sr. D. Fidelis para zaherir á la Academia, en nada la ofende. Valiéndose del mejor diccionario inglés ó francés bien pueden con alguna paciencia, componerse cuentos parecidos que no comprenda la mayoría de los lectores ingleses ó franceses. ¿Quién puede jactarse, no ya de emplear, sino de saber si quiera la mitad de las palabras que han empleado los autores todos de su propia lengua, cuando esta lengua lleva ya seis ó siete siglos de vida literaria y es hablada por más de sesenta millones de hombres en apartadas regiones y en una inmensa extensión de territorio? La Academia ha aceptado ya con gusto muchas palabras americanas, que provienen del quichua, araucano, guaraní, aimará, azteca y otros idiomas de los indios, y está dispuesta á aceptar más palabras del mismo género, sin que la arredre el temor de que no las empleen ni las sepan los cordobeses, los sevillanos ó los salamanquinos.

Antes de dejar la *Carta de par en par* y pasar á otra cosa, diré sólo para contestar á los improprios que lanza el Sr. D. Fidelis contra la Academia, pintándola como una reunión de ineptos y de ignorantes, que los tales improprios caen sobre toda la nación española y no contra los académicos, los cuales puede demostrarse que han sido en el siglo presente los más ilustres varones que por su saber y su elocuencia ha habido en España. Si valen poco, es porque no vale más la nación á que pertenecen. ¿Qué le hemos de hacer? No hay más que resignarse. En España me parece difícil hallar personas menos ineptas y menos ignorantes que Balmes, el padre Ceferino González, Quintana, Nicasio Gallego, Arriaza, Vargas Ponce, Ríos Rosas, Alcalá Galiano, Pastor Díaz, Zorrilla, José Joaquín de Mora, Ventura de la Vega, Hartzenbuch, Madrazo, Pidal, Cienfuegos, Jovellanos, duques de Rivas y de Frías, Bretón de los Herreros, Martínez de la Rosa, Alberto Lista, Clemen-cín, Fernández Navarrete, Alarcón, Tamayo y Baus, Campomanes, Conde, Mesonero Romanos, Asenjo Barbieri, Cánovas, Castelar y otros cuantos que han pertenecido á la Academia y que en España tenemos la candidez de considerar inmortales.

*Juan Valera*

rando, por la puerta que daba al potrero. Cuando llegó al puentecillo de piedra tosca, se detuvo. Consideró su soledad en este mundo. Calculó, así á oscuras, la profundidad del zanjón, y oyó como rom-pientes de embravecido océano, lo que sólo era el continuo golpear de un chorrito de agua sobre la laja que descansaba en el fondo. Contempló la masa gris del edificio que enviaba á fuera por hendijas y ventanas, bandas ó escuadras de luz que contrastaban con las sombras. Pensó que en aquella casa que hasta ahora había sido su mansión se quedaba la niña, y diciéndole adiós, con el alma transida de pena, partió velozmente por entre los cercos hasta salir muy adelante de la calle real. Continuó después su marcha hacia el pueblo, con taciturno paso.

Ya la Vía Láctea grandiosa ceñía como un fajón esplendoroso, la rica túnica del firmamento. El sinnúmero de grupos de estrellas brillantes unas, pálidas otras, que la forman, desmayaba su claridad sobre el campo. El aura apenas mecía el ramaje y refrescaba el ambiente. El *cuyeo*, ave nocturna, imitaba su nombre con su monótona voz que repercutía en la campiña.

Quirco avanzaba como un fantasma,



## TIPOS DE CAMBIO

## THOMAS SCOTT

Londres. . . . .	vista	113
Londres. . . . .	90 d/v	110
New York. . . . .	vista	118
New York. . . . .	60 d/v	114
New York. . . . .	90 d/v	113
San Francisco. . . . .	vista	118
París. . . . .	»	113
Hamburgo. . . . .	»	110
Bélgica. . . . .	»	113
Génova. . . . .	»	113
Jamaica. . . . .	»	115

San José, 19 de Mayo de 1904.

## CERTAMEN DE HEREDIA

## ÚLTIMO ESCRUTINIO

Reunidos los infrascriptos en la dirección de PANDEMONIUM, procedimos al examen de los votos recibidos para el certamen de simpatía de Heredia. El resultado ha sido el siguiente:

	VOTOS		Total
	Anteriores	Nuevos	
Srta. Delia Morales . . .	145	3	148
» Elena Flores . . .	46	10	56
» Lucila Morales . . .	11	18	29
» Herminia Zamora . . .	3	11	14
» Celia Zamora. . .	—	8	8

Srta. Caridad González . . .	3	1	4
» Ema Segreda. . . . .	1	3	4
» Herminia Segreda . . .	1	3	4
» Herminia Moya . . . . .	2	1	3
» Emilia Baudrit G. . . . .	2	—	2
» Celina Ulloa . . . . .	2	—	2
» Cristina Morales . . . . .	2	—	2
» Ester Flores . . . . .	1	—	1
» María J. Morales . . . . .	1	—	1
» Adela Solera . . . . .	1	—	1
» Angélica Lizano. . . . .	1	—	1
» Delia Trejos . . . . .	—	1	1
» Lidia Pacheco. . . . .	—	1	1
» Raquel González. . . . .	—	1	1
» María A. Flores. . . . .	—	1	1
» Jacoba Araya. . . . .	—	1	1
» María R. Zamora. . . . .	—	1	1
» Isabel Oreamuno. . . . .	—	1	1
» Eva Ramírez. . . . .	—	1	1
	222	66	288

San José, 4 de mayo de 1904.

*Gregorio Martin* *Fabio Baudrit*  
*Alejandro Alvarado h.*

Imprenta, Encuadernación y Fotografado de Avelino Alvarado.  
San José de Costa Rica (América Central)

Llegó por fin á una triste vivienda metida de la línea que seguían las cercas de *porros é hitavos*. La casucha tenía al frente un patio, y á guisa de centinela un pedregón sembrado cerca de la desvencijada puertecilla, á la vera del ruinoso muro que amagaba venirse á tierra.

El disco de la luna, como un tranchete bruñido y terso, cortaba la montaña despidiendo su luz misteriosa, siempre triste, siempre lánguida....

La figura del mozo se encuadró ante la puerta. Murmullo de voces llamó su atención; aplicó la oreja á la rendija y no percibió nada. Llamó levemente con los nudillos. ¡Nadie! Llamó de nuevo y se inclinó para mirar y escuchar mejor por los resquicios. El mismo silencio. De pronto gimió la puerta é hizo bulla la caída de la tranca. Cedió la hoja de madera y apareció en el umbral, un alaco antiquísimo: una viejecilla zambullida en andrajos. Un instante la miró Quirco de hito en hito; castañeteó él los dientes, y con la rapidez del relámpago agarró aquel desecho humano, lo puso en vilo, y con todas sus fuerzas lo abarró contra el pedregón. La vieja fue rechazada por la piedra, hizo dos movimientos convulsivos con las capillas y uno de los brazos, y expiró sin

preferir mínima queja. Quirco la miró tendida, lanzó carcajada irónica, dió media vuelta y echó á caminar. Al mismo tiempo, María, su antigua novia, la flor del campo enmudecida que guardaba su perfume solo para Quirco, que se marchitaba de tristeza sólo pensando en él, que se encontraba en la cabaña de la bruja lugareña por que había ido á buscar allí un filtro que hiciera tornar á su lado al amante falaz que por otra la dejó, habiendo oído el golpe seco del reventonazo, salió presurosa al patiecillo, profirió un grito desgarrador, se cogió la cabeza con las dos manos, clavó sus ojos despavoridos en Quirco que lentamente se alejaba como una sombra fatídica y se quedó inmóvil como herida por el rayo, mientras sus plantas se manchaban con un hilito de sangre que provenía de los oídos de la muerta.

C. González Rucavado

1904



# El famoso calzado



— DE —

# EMILIO ARTAVIA

Se envía franco de porte á cualquier punto de la República



LO UTIL, LO BUENO Y LO ELEGANTE  
se encuentra siempre en la  
TIENDA DE NOVEDADES

♦ DE ♦

\* Manuel Romero \*

SURTIDO PERMANENTE DE TODOS LOS ARTICULOS DE FANTASIA

LA FERRETERIA  
DE  
**Macaya y C.<sup>a</sup>**

ha reducido y continua reduciendo sus precios á una baratura increíble.

Agua de Florida  
de J. TASIES D.

De venta en los almacenes y pulperías.  
Sucursal de la Fábrica,  
en el Mercado, detrás de "La Marina"  
**40 por ciento más barato**

**Muebles Jorge Morales Bejarano Muebles**

Avenida Central (Cuesta de Moras), 531

324



Estilo Francés,  
Americano, Español,  
etc., etc.

Almuerzos, Comidas,  
Cenas y Banquetes  
á gusto del cliente

# Restaurant La Arena

de José Fernández R.

á la mano de Monlouis el famoso

Esquina del Parque Morazán

Surtido completo  
de Licores de todas  
clases

Especialidad en  
Helados  
los jueves y domingos

## Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano de segunda mano, en muy buen estado y barato

VENDO, ANTONIO FONT, administración de PANDEMONIUM

# CORAZON JOVEN

NOVELA

por

Rafael Angel Troyo

De venta en las librerías de Antonio Padrón  
A. Lehmann é Iglesias Hermanos

HOJALATERIA Y FONTANERIA

# HOJALATERIA Y FONTANERIA

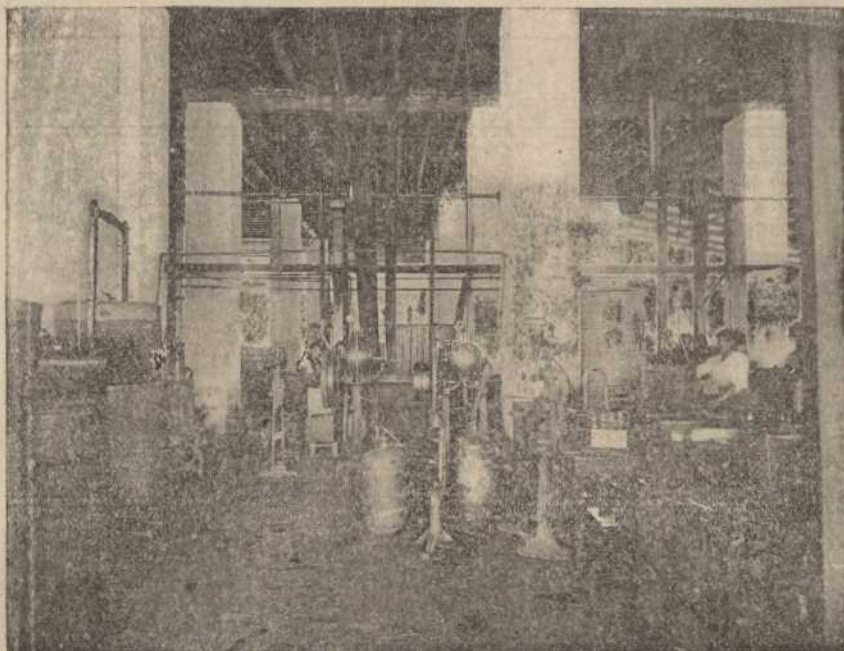
DE

# Calixto Rosales

Calle 23 Norte, frente al Teatro Variedades

Comodidad y garantía en los trabajos  
Servicio esmerado y precios módicos

## Cervecería Traube



### Directorio profesional

ALBERTO PACHECO, Abogado y Notario, Avenida 7ª, Oeste, casa don Federico Tinoco.

JORGE MORALES BEJARANO, Almacén de Muebles, Avenida Central (Cuesta de Moras), número 531.

MARIA LUISA CASTRO DE SOLANO, Obstétrica, graduada por la Facultad de Medicina. Ofrece sus servicios profesionales calle 18 Sur, número 192.

BASILIO PANIAGUA y DOMINGO NUÑEZ, Peluqueros, establecidos frente á la Librería Española de Lines.



# FELIPE MARTIN

## en CARTAGO

La tienda más acreditada en la Antigua Metrópoli por la buena calidad de sus mercaderías.

FRENTE AL PARQUE CENTRAL



## Talabartería de Salvador Jirón

Esquina opuesta á "La Cabaña"  
bajos de la casa de doña Mariana Fernández

Especialidad en monturas estilo inglés, francés, americano y del país.

Albardas de campo y todo lo concerniente al ramo.



## La Fábrica de Velas

## LA JOSEFINA

Habiendo introducido en su instalación los aparatos modernos más perfeccionados, fabrica hoy velas de una calidad superior, iguales á las importadas, que vende á ₡ 7.75 la caja de 25 libras netas garantizadas y de todo número. Se darán muestras gratis á los que quieran compararlas con las extranjeras.

# Imprenta de A. Alsina

Trabajos Tipográficos  
de todas clases

Folletos

Teléfono núm. 36

Apartado No 249

Pagarés

Facturas

San José de Costa Rica

Planillas

Tarjetas de visita

5.<sup>a</sup> Avenida Este al lado de La Cabaña

Memorandums

Programas para baile

Rótulos de celuloide



El acreditado establecimiento

# LEIVA & MORA

Sucesores de LOS ALFARO

desde Abril ha sido trasladado al frente,  
local que ocupaba don Juan R. Mata.

El surtido de novedades siempre es completo y los precios de situación

1.º de Mayo de 1904.



# LA FAMA

Almacén y Tienda

de

## Herrero H<sup>nos</sup>

Sedería, Pañolones  
Artículos de gran fantasía

Ventas por mayor y menor

⦿ Precios baratos ⦿

Semanalmente recibimos las últimas publicaciones de los mejores autores.

### LIBRERIA Y PAPELERIA

DE

## Iglesias Hermanos

Bajos del Hotel Internacional

Servimos suscripciones de toda clase de periódicos. Véase nuestra lista.